

DE LOS JUEGOS FLORALES DE 1946

Discurso pronunciado por el mantenedor

Excmo. Sr. D. Juan Contreras y López de Ayala,
marqués de Lozoya.

*Reina y señora,
bellas damas de su Corte,
señores y amigos todos:*

Sean mis primeras palabras de gratitud por haberme invitado a tomar parte en esta fiesta de alta espiritualidad y delicada poesía. En este mundo, que pasa por la más honda depresión que ha conocido la Historia, cuando todo es odio, mentira y maldad y el hombre es como nunca, lobo para el hombre; cuando todos los viejos principios de caballería, de cortesía, de respeto al débil, al vencido, que hicieran sabia y bella a la vieja Europa, parecen arrumbados como cosas viejas e inútiles y la cristiandad parece muerta y sólo prevalece, como en las viejas monarquías orientales la ley del más fuerte, vosotros habéis querido ofrecernos una fiesta caballeresca, al estilo de otros tiempos, delicado homenaje a la belleza de las mujeres y al genio de los poetas. Hoy entre estas piedras venerables de Betanzos, entre estas iglesias y conventos, entre estos palacios blasonados, creo haber realizado el sueño de aquel arqueólogo del cuento de Andersen, que consiguió dar marcha atrás al reloj del tiempo y revivir su época preferida que tanto le enamoraba en sus lecturas. Hoy me parece hallarme lejos de la caótica y confusa Europa actual, en una corte del siglo XIII, acaso la del rey Alfonso el Sabio, el enamorado de las estrellas, el rey criado en Galicia y que cantó en gallego sus amores. El siglo XIII es, en contra del caótico siglo actual, el siglo de la jerarquía. La Iglesia lo es todo y todas las clases sociales imitan su sabio espíritu jerárquico, que va del papa al último acólito, y los nobles se dividen en caballeros, escuderos y pajes, y los menestrales se organizan en gremios, entre los cuales existen las jerarquías de maestro, de oficial y de aprendiz. No quisieron ser menos los poetas, y allá en las bellas tierras de Provenza, quisieron tener su jerarquía, como los caballeros o como los menestrales, y para eso establecieron el título de maestre en Gay Saber, en la alta y alegre, noble y suave ciencia del rimar. Y de aquí vinieron estos torneos, en que sabios jueces otorgaban los títulos y en que los poetas eran paladines que contendían con el mantenedor, ante la reina bella, para recibir como premio una flor de los campos que, venida de su mano, adquiría un valor inapreciable.

Olvidémonos, señores, del mundo triste y amargo que nos rodea. Estamos en esta vieja ciudad de Betanzos, en la gentil Galicia; en la ciudad del espíritu delicado que sabe celebrar esa fiesta única de los Caneiros, combate naval en que no se emplea otra metralla que flores y risas sobre el misterio incomparable de la ría color de esmeralda. Hemos oído el canto delicadísimo de los vates y es tiempo en que un viejo caballero, curtido en lides de poesía, levante su voz para ser mantenedor de la fiesta. Heme aquí dispuesto a cumplir con mi deber.

Yo confieso que os hablo abrumado por el recuerdo de los que me han precedido en este cargo ilustre. Me espanta el recordar que en este mismo sitio, en los Juegos memorables de 1918 oísteis la voz más noble que se podía oír entonces en las Españas: la de don Juan Vázquez de Mella. Pero me anima la inmensidad de vuestra benevolencia y de vuestra cortesía, seguro como estoy de que acogeréis bien a quien viene de lejos sin otro anhelo que el de complaceros y el de servirlos.

Quiere la tradición, que es la suprema autoridad en esta fiesta, que el mantenedor no haga otra cosa sino glosar estas tres palabras, que son sin duda las más altas que han inventado los hombres: Patria, Fe y Amor.

Bien quisiera tener la ciencia de nuestros grandes teólogos de Salamanca, los que sostu-

vieron con lógica matemática la unidad católica en Trento; bien quisiera que mi alma estuviera encendida en el fuego del amor divino como lo estaba la de nuestros místicos para cantar la fe de nuestros padres y el amor de Dios, que los impulsó a acometer hazañas más que humanas. Bien quisiera poder hablar vuestra dulce lengua gallega, la de los trovadores medievales que tan suavemente componían sus cantares de amigo, la de Alfonso X y la de Rosalía de Castro y Curros y Enríquez, porque entre las lenguas de nuestra España solamente la gallega tiene el número cadencioso, la armonía apacible que son precisas para hablar de amor; para hablar de amor, a veces hieren las duras aristas de mi nativa lengua castellana. Bien quisiera, en este ambiente de poesía y de belleza, poder hablaros en lengua gallega, de las dulzuras del buen amor, pero en este momento en que vivimos, cuando el nombre de España concierne el odio de las jaurías internacionales, en una conjura en la cual no se sabe si predomina la maldad o la estupidez, la Patria nos duele a todos los españoles y respiramos por la sangre de la herida cada día abierta el amor a España, más apasionadamente amada cuanto más ultrajada y más incomprendida. La generación a que yo pertenezco, que se acerca a los umbrales de la vejez, supo, cuando éramos niños, cómo la bandera roja y gualda, entre heroísmos maravillosos y vergonzosas claudicaciones, se había arriado en las islas lejanas, conquistadas con nuestra sangre y civilizadas con nuestra propia alma. Y ya en el cenit de la vida, contemplamos cómo una multitud enloquecida, como embriagada de un mal vino, la arriaba en un día de nefastos augurios en nuestra misma España. Y vimos cómo, después de tres años de fatigas, la Providencia nos concedió la victoria, que ahora unos cuantos señores inconscientes o malvados nos quieren arrebatar. Pues bien, si en este acto memorable he de hablar de Fe, o de Patria, o de Amor, permitidme que os hable de nuestra España, que hablando de este nombre que sangra en nuestros corazones, podría hablaros también de la fe robusta de nuestros padres y del santo amor que es fundamento del hogar y piedra sobre la cual se asienta la Patria.

Al tomar hoy en mis labios el nombre venerando de la Patria, quisiera hacerlo con aquel entusiasmo optimista de nuestros abuelos, que no podían admitir que la tierra que les vio nacer y que guardaba los huesos de sus mayores, no fuese la mejor tierra del mundo. De aquí nace la leyenda áurea de España, que es consustancial con ella y que nace cuando nace España con el concepto de nación. Apenas la Península había dejado de ser provincia del Imperio para integrar la monarquía goda, cuando ya San Isidoro de Sevilla cantaba las excelencias de su clima, la bondad y fertilidad de su tierra, la generosidad, nobleza y bravura de sus habitantes. Y más tarde en el siglo XIII, repartida aún la Península en diversos estados: Castilla y León, Aragón, Navarra, Portugal y Granada, Alfonso X penetraba con su mirada de águila en su unidad esencial y se daba cuenta de que, aunque repartida entre diversos reyes, España era una, y era la más excelente comarca de todo el orbe. ¡Oh, España, España —cantaba el rey estrellero— quién pudiera contar tu bien! Y luego, en los días triunfales del Imperio, un jesuita, el padre Juan de Mariana, que quiso establecer la genealogía de la nación que asombraba al mundo con sus hazañas, dedica un capítulo, de tónica y conmovedora lectura, a cantar las excelencias de España. Jamás hijo alguno habló de su madre con expresiones de amor tan reverente. Todo en España le parece digno de loa. «La tierra y provincia de España, como quier que se puede comparar con las mejores del mundo universo, a ninguna reconoce ventaja, ni en el saludable cielo de que goza, ni en la abundancia de toda suerte de frutos y mantenimientos que produce, ni en copia de metales, oro, plata y piedras preciosas, de que toda ella está llena». Va enumerando luego el jesuita, en su prosa rotunda que tiene el sabor del mejor verso latino, todas las excelencias de esta España tan querida, rica en tanta variedad de cosas, «porque a la verdad produce todos aquellos a los quales da estima o la necesidad de la vida o la ambición, pompa y vanidad del ingenio humano. Los frutos de los árboles son grandemente suaves, la nobleza de las viñas y del vino, excelente: hay abundancia de pan, miel, azeite, ganado, açúcares, seda, lanas sin número y sin cuento». Y después de ponderar la belleza de sus piedras «transparentes y a manera de espejos» y la diversidad de sus mármoles «con que parece quiso jugar y aun delectar los ojos la naturaleza» y el brio de sus caballos que los antiguos suponían engendrados por el viento, «que fué mentir con alguna probabilidad y apariencia de verdad», el padre Juan de Mariana deduce que tiene nuestra España sin falta «el primer lugar y el principado entre todas las provincias».

Se comprende que los jóvenes que se nutrían de estas conceptos, convencidos de que la

tierra que les había entregado la Providencia era la mejor del mundo, se sintiesen capaces de realizar por ella las más grandes hazañas. Y este concepto era el que, a pesar de las desmembraciones y de las derrotas, mantenían todavía, en el ocaso de la monarquía austriaca, los españoles contemporáneos de Carlos II, heroicos en su tesón de pelear contra la fortuna, para conservar la integridad del Imperio. Después de la paz de Uffrecht, en que se pierden Flandes e Italia, España adquiere conciencia de vencida y cada vez se contempla a sí misma con mayor pesimismo hasta que, después de la gran almoneda del siglo XIX, los mejores españoles tienen de ella el concepto de algo decrépito y caduco que es necesario eliminar, y llega Azaña a avergonzarse de nuestra Historia como de una gran vergüenza. ¡Alabemos a España! Hoy que el mundo nos rodea de hostilidad y de mentira volvamos a repetir, como una oración, las *laudes Hispaniæ* de San Isidoro de Sevilla, de Alfonso X, del padre Juan de Mariana. El devolvernos la confianza en nosotros mismos ha costado tres años de guerra y la vida de tantos jóvenes; todo, en fin, lo que representa nuestro movimiento nacional.

Ahora voy a hablaros del don más bello y peligroso que la Providencia ha entregado a nuestra España; a la vez magnífico y terrible, como los que los dioses solían entregar a los héroes antiguos o las hadas confiaban a la prudencia de los príncipes de los cuentos: el don de la diversidad que en nuestra España se conjuga con la unidad esencial. En la estética de Aristóteles se definía la belleza como la armonía entre la diversidad de diversos elementos que coinciden en una unidad esencial. Así nuestra España es bella fundamentalmente, porque es una y diversa. Este juego entre estos dos factores antitéticos; unidad y diversidad, es esencial para comprender la geografía, la historia y la cultura de España. Geográficamente, España es una de las formas más definidas que existen, la Península, y dentro de ella hay un pueblo con una cultura que es, en su esencia, idéntica y con un tenor de vida que es, fundamentalmente, el mismo. Pero la orografía anárquica de nuestro territorio lo ha cuadrículado por medio de cordilleras en una serie de compartimientos estancos, diferentes en fertilidad, en altura, en clima; los diferentes movimientos de pueblos que han cubierto la Península en las grandes emigraciones de razas, han sedimentado en ella en proporción diversa y así esa variedad comarcal que hace de la vieja Hispania un continente, en el cual se dan todos los climas, todas las producciones, todos los cultivos. Nada hay más diferente que Galicia de Almería, que Vasconia de la Baja Andalucía, por ejemplo. Ya Camões, el gran poeta portugués de origen gallego, se dió cuenta de esta diversidad cuando canta a la noble España, cabeza de Europa toda, que se enriquece con diversas naciones: el lusitano, soñador y aventurero, el tarraconense

*que se fez claro
sujetando a Partenope inquieta*

y en el castillo enhiesto que es la llanura central:

*o grande e raro
castellão, a quem fez o seu planetã
poseedor de Espanha e senhor della.*

De aquí una riqueza inmensa de matices que hacen de España el país más interesante del mundo, el de las sorpresas más inesperadas, el de los contrastes más extraños; esta Galicia vuestra, con ciudades de ensueño, dormidas bajo la lluvia, patinadas por la lluvia de siglos, iluminadas por una luz temblorosa, vibrátil, que pasa a través de la atmósfera húmeda; con sus ríos cuyo paisaje es de lo más bello de Europa, con sus inmensos monasterios de piedras renegridas, donde el tiempo parece remansarse más que en ningún lugar del mundo. Y la alegre Vasconia, del dulce vivir, y la robusta Navarra, cuna de misioneros que ha evangelizado y sigue evangelizando el mundo, donde el hogar cristiano es más recio que en ninguna otra parte. Y la fina y fuerte Cataluña, a quien hace inquieta su afinada sensibilidad, la ubérrima Valencia, embriagada de sol, y Castilla, la de los castillos y de las ermitas entre el mar de mieses doradas

*allá donde el Duero engrana
con plata que brilla al Sol,
ciudades que son joyeles
de fina y noble labor,*

y la compleja y exquisita Andalucía, llena de sabiduría vieja de las más sabias razas de la tierra, griegos y romanos, godos y árabes. ¿Para qué seguir? Las razas más diversas, la música de idiomas distintos: el viril castellano que, según Carlos V, era el idioma más apro-

piado para hablar con Dios, la suave lengua galaica, el éuskaro, que evoca las épocas recias y sencillas en que la humanidad era niña, el catalán, a la vez rudo y dulce, los riquísimos trajes populares, las danzas y los cantos, son los colores con que la Historia ha ido pintando el cuadro más rico y más brillante que exista en el mundo. ¡Oh, España, España!—dijémos con Alfonso el Sabio—, ¿quién pudiera contar tu bien?

Pero esta diversidad, que tanto embellece a España, es un don peligroso. Toda nuestra Historia no es sino un juego de fuerzas contrapuestas; la unidad esencial que quiere que España sea una aun cuando repartida en comarcas diversas y el espíritu de dispersión, tan propio del carácter hispánico. Hay momentos en nuestra Historia en que el principio de unidad parece que reina solo y señero, pero debajo está latente el principio de dispersión que espera una ocasióu propicia, una debilidad en el poder público para deshacer la obra secular, esta obra maravillosa de los siglos que se llama España. Nada parecía tan compacto, tan sólido en su unidad como la España de Felipe II, pero bastó una claudicación del poder en tiempo de los últimos Austrias para que se iniciase la dispersión, difícilmente contenida. Los recuerdos de estos momentos de dispersión están demasiado recientes y no pueden ser evocados sin dolor ni vergüenza.

¿Cuál es el medio de encontrar un equilibrio entre estas fuerzas contrapuestas? No será el intentar destruir esta variedad innumerable que es la principal riqueza de nuestra España. Amemos las lenguas vernáculas en que se han dicho y se han escrito tan bellas cosas, las costumbres y el hogar de cada una de las comarcas en que España se repartió, pero propongámoslo un ideal ideal tan alto, tan fuerte, tan bello, que aune todas las voluntades y gane todos los corazones en un esfuerzo común. Esta fué la política de nuestros grandes reyes. Nada destruyeron los Reyes Católicos de la diversidad de cada uno de los países que constituían su Imperio; pero abren ante ellos rumbos de grandeza infinita en las rutas oceánicas. Ni Felipe II intentó en lo más mínimo extender sobre la Península un rasero unificador; pero propuso a los españoles, castellanos o gallegos, catalanes o navarros, la lucha por el catolicismo en Europa, la defensa de la Cristiandad ante el peligro eterno del Oriente, la extensión del Reino de Cristo por países remotos, y el alma hispánica vibró una siempre. Mantengamos intactos principios que han unido a todos los españoles en nuestro glorioso Movimiento Nacional; sigamos siendo en el mundo la ciudadela en esa creación maravillosa de la Providencia que nuestros abuelos llamaron la Cristiandad y nuestros padres llamaron Europa y no temamos que el principio de la dispersión venga a anular la unidad esencial de España.

Hay, pues, grandes ideales comunes que son la clave de la unidad de esta España diversa. En la formación de estos ideales que han unificado a la varia y diversa España os cabe a vosotros, gallegos, muy gran parte y quiero cantar vuestro papel en la Historia, entre estas viejas piedras venerables de Betanzos.

Según la tradición, fué en Galicia donde se encendió primeramente la llama de la Fe, y desde Galicia, pasando por vuestros valles y por vuestras montañas, a lo largo de vuestros ríos, los pasos del Apóstol Santiago fueron abriendo el camino, verdadero eje espiritual de España, que una Santiago con el Pilar. A tierras gallegas arribó aquel venturoso navío que conducía el cuerpo del Apóstol, que fué el foco espiritual que iluminó nuestra Cristiandad. Cuantos en toda Europa estaban sedientos de buscar la comunicación con Cristo y con sus santos, grandes reyes, sabios prelados, abades venerables, príncipes y caballeros, hombres del pueblo, emprendieron la ruta de Compostela, y así desde Roncesvalles hasta Compostela se fué formando el «camino francés», por el cual entraron en España tan buenas cosas. Es aquella ruta que detallan los viejos itinerarios para uso de los peregrinos, como el «Codex Calixtinus»; a lo largo de ella, reinas piadosas, santos abades, han tendido puentes sobre los ríos, fundaron hospicios, hospitales y alberguerías. Como los hombres malvados atacasen a los viajeros indefensos para robarles, un día algunos caballeros se agruparon para defender a los peregrinos y así surgió la Orden Militar de Santiago, de tan gloriosa historia en la Reconquista y en las guerras del Imperio. Por el «camino francés» España, rota su unidad, apartada por la invasión musulmana del mundo de cultura occidental, se incorpora a aquel inmenso imperio espiritual que vino a sustituir al Imperio Romano. A lo largo del «camino francés», con las idas y venidas de los peregrinos, que podían ver en ruta monumentos visigodos o mozárabes, merovingios o lombardos, se fué formando el arte románico, uno de los sistemas más bellos y perfectos que han inventado los hombres, el que fué capaz de construir estas iglesias de Betanzos: Santiago, San Francisco, Santa María del Azogue, y que vino a ser el arte oficial de la Cristiandad. El arte románico significa la unidad que vino a sustituir los dispersos ensayos que se crearon a la caída del Imperio Romano. Por el camino de Santiago vinieron los cantares de gesta, que luego se descomponen en nuestro riquísimo romancero, y la letra francesa. Es en el Camino de Santiago donde se forja una gran España que mantiene su recia personalidad, pero dentro de las grandes corrientes de la cultura universal. La España que había de pesar como

ningún otro pueblo en los destinos de Europa y que era la nación elegida por Dios para proyectar la cultura católica sobre mundos inmensos cuya existencia apenas se atrevían a soñar los más osados entre los filósofos y entre los poetas.

Y a esta gran nación que así se iba formando a lo largo del Camino de Santiago, fue Galicia quien la enseñó a cantar. Acaso la poesía lírica, que en las llanuras castellanas, abrasadas por el sol o deslumbradas por la contemplación de su inmenso y profundo velo constelado, prende difícilmente, fluye en esta tierra gallega en que todo, el rumor constante del mar, la música del follaje de las arboledas, la plácida corriente de arroyos y fuentejillas, enseñan a cantar. Y allá por el siglo XII, cuando nacían estas iglesias románicas y en Castilla los juglares no sabían sino rudos cantares de gesta o ingenuos loores de los santos, los juglares de Galicia cantaban ya sus amores, con tal fineza y delicadeza, con tal riqueza de matices, que nos parece su poesía algo moderno, siempre actual. Así Alfonso de Cotón pone en boca de una mujer enamorada la súplica de que el hombre que la ama, si la quiere bien, que la cuente sus cuítas, que la abra su corazón, que la dé razón del porqué él sólo llora en tanto los demás andan a sus quehaceres. Bernal de Bonaval pide a Dios que le deje ver a la dama a quien tiene por señora o le lleve de este mundo. Nada más actual, porque es eterno que las canciones de Pero da Ponte, ni la de aquel Juan de Guillade, cuitado de amor desde que vió unos ojos verdes:

*Os ollos verdes que eu vi
me fazen ora andar assi.*

Y aquellos versos admirables del almirante Payo Gómez Charino en que el mar aparece ya como un personaje principal, a quien se pregunta por el paso del amado o se maldice el que arranca tanto bien.

Razón es que la ruda y viril Castilla se enamorase de tanta belleza y procurase imitarla. Fué Galicia, os digo, la que enseñó a cantar a España y como se estimó que la lengua castellana era demasiado ruda y que no podía expresar con todos sus matices las sutilezas del amor, los trovadores aprendieron a hablar en gallego. Así en el siglo XV escribía el magnífico señor de los Proverbios, don Iñigo López de Mendoza, marqués de Santillana: «...non ha mucho tiempo cualesquier decidores e trovadores destas partes, agora fuessen castellanos, andaluçes o de la Extremadura, todas sus obras componian en lengua gallega o portuguesa...». Y así en gallego compone sus poemas el Santo Rey Fernando y sus cantigas maravillosas el Sabio Rey Alfonso y los trovadores en la corte del rey don Juan. Esto ha sido ya admirablemente estudiado y puesto en claro. Pero lo que no ha sido tanto es la influencia de los trovadores gallegos en los grandes poetas castellanos del siglo de oro. Fijaos en algunos ejemplos. Así cuando vemos en San Juan de la Cruz, en el poema cumbre de toda la lírica de Castilla:

*El cuervo vulnerado
por el otero asoma,*

¿no recordamos aquellos versos del poeta Pero Meogo:

*Tal vay o meu amigo
con amor que l'eu ei
como cervo ferido
de monteiro del rey?*

Y cuando, en la creación incomparable, el alma pregunta a los cervatanos si vieron pasar al amado, ¿quién no recuerda, como un precedente ingenuo, aquellos versos del mismo Pedro Meogo, en que la amada inquiere a los ciervos del monte si vieron pasar a su amado?

Y, por cierto, que si hay alguna superioridad están de parte del casi desconocido trovador gallego y no de la del famosísimo marqués.

Y de la misma manera podríamos hallar reminiscencias en Góngora y Lope de aquel Juan Zorro, que convida a danzar a las hermosas debajo de los avellaneros floridos. Castilla tuvo un gran poema que fué el romancero, tuvo un gran teatro barroco, pero si en España hemos de buscar una poesía lírica y sentida, expresión honda de los más inefables sentimientos, la hemos de buscar en Galicia, en los poetas medievales y después, desde el romanticismo de Rosalía de Castro, en Curros Enríquez y en poetas casi desconocidos pero inigualables en la hermosura del sentir. Esta es la gran aportación de Galicia a la gran España, el dulcificar un poco el espíritu, demasiado severo, demasiado árido de los hombres de las tierras altas, que los cierzos del invierno azotan y abraza el sol del estío.

Bastante ya, Reina y señora, he abusado de vuestra paciencia. Quiero acabar diciendo solamente que no he venido a dar, sino a recibir en Betanzos, lecciones de cual sea el verda-

dero sentido de estas tres divinas palabras: Fe, Patria y Amor. A poco de entrar en vuestra ciudad, me recogí en la iglesia de San Francisco, y en aquel amplio recinto, sumido en una delicada penumbra, no había piedra que de Fe, Patria y Amor no me hablasen. Toda la iglesia, en cada una de sus piedras labradas y de sus altares, es un poema escrito por la fe de nuestros mayores, aquella fe recia hasta hacer milagros y que en Betanzos tiene una voz de inefable poesía en el rumor de las campanas de sus iglesias de Santiago, Santa María y San Francisco, que es ciertamente el alma mística, profundamente espiritual, cristiana hasta los huesos y hasta la médula, de la vetusta ciudad. Y pensaba en la Patria contemplando en su sepulcro, dormido, con su gesto fijo sobre la cruz de su espada, a Fernán Pérez de Andrade, el Bueno. Nada hay tan representativo de la recia Edad Media del Norte como la lucha de este gran cazador, que reposa sobre un oso y un jabalí, y que quiso que en torno del arca en que descansan sus huesos el rudo escultor evocase el recuerdo de sus alegres monterías por las sierras gallegas. Pues bien, este gran patriarca, fiel servidor de sus reyes, ha sido un gran bienhechor de su Patria. Él fué fundador de iglesias, de conventos famosos, que son todavía lo permanente y lo eterno de Betanzos, y que eran en el siglo XIV recintos de piedad y de cultura en que se iba formando el alma de Galicia y el alma de España. Y ante los sepulcros de hidalgos y de nobles damas, que apoyan los pies en un perrillo, pensaba en el único amor santo de la tierra, que es el que aspira a ser eterno. No hay amor verdadero sin este concepto de eternidad.

Fe, Patria y Amor: Betanzos me ha dado, yo os lo aseguro, de estos tres sublimes conceptos, la más bella lección.

HE DICHO.

